

Por falta de Plan que no sea

Juan Pedro
Marín Arrese

El Plan de recuperación está generando no poca confusión. El Ejecutivo vendió, en su día, el equívoco de que los fondos se librarían prácticamente sin condiciones, en lugar de reconocer que su asignación debe ajustarse al estrecho corsé de objetivos o 'flagships' marcados por Bruselas.

Con dos tercios, como mínimo, destinados a la transición ecológica y la digitalización. El reparto del dinero propuesto en el Plan no obedece, pues, a un capricho casero sino al voluntarismo de una agenda comunitaria que apuesta por propulsar lo que entiende como sectores de futuro. Que no sirva para cubrir las necesidades más perentorias como preservar el tejido empresarial existente es algo que no parece preocupar en esos círculos. Así las cosas, el Plan se limita, en esencia, a rellenar un formulario cuyas casillas ofrecen

escaso margen de elección, aderezado con un esbozo de las reformas adoptadas o previstas. Suple su liviano contenido sustantivo con un relato rico en constantes referencias a la inclusión multiuso, aplicada a todas las políticas, objetivo que goza de indudable predicamento en esos pagos. En suma, cubre el papel de avalar el abultado cheque extendido por Bruselas. Cosa distinta será digerir y sacar provecho a una dieta tan rica en calorías como desequilibrada.

Si alguien esperaba una iniciativa,

capaz de transformar en profundidad nuestra economía, quedará desencantado. No dan para tanto 76.000 millones de ayudas a fondo perdido, pese al considerable sostén que representan para nuestras maltrechas arcas públicas. Permitirán incrementar la inversión pública, desde hace años bajo mínimos, aunque su obligada concentración en las prioridades impuestas desde los despachos bruseleses no coincida con nuestras necesidades. Tampoco servirán para reactivar la economía, por más que contribuyan en el

medio y largo plazo a su crecimiento. A corto, sólo cabe confiar en una recuperación de la confianza y una vuelta a la normalidad de los sectores más castigados por la pandemia para superar el gap de producción y rentas provocado por la crisis. ¿Peca el Plan de escasa ambición al abordar las reformas que tanto requiere nuestra economía? Así parece, al reservar más espacio a describir las carencias y las limitadas medidas adoptadas que a proponer soluciones de fuste. No es de extrañar. Una coalición gubernamental tan dividi-

da en sus planteamientos ofrece escaso margen para adquirir firmes compromisos más allá de un mínimo común denominador de cortos vuelos.

En el frente laboral, al menos, el tamiz de Bruselas ha surtido, sin duda, un balsámico efecto. Se entierra la amenaza de achatarrar la reforma anterior y volver a las andadas. Que no es poco. En su lugar, se apuesta por reducir el número de contratos, regular las nuevas formas de trabajo y, sobre todo, utilizar los ERTE como herramienta de ajuste perma-

nente sustituyendo a la rueda actual de temporalidad y estancias en el paro. Buenos propósitos, aunque siguen sin resolver el nudo gordiano de nuestro elevado desempleo estructural: el excesivo gravamen que pesa sobre el factor trabajo, especialmente en el menos cualificado. Mientras no se comprenda que el precio de todo input, incluida la fuerza laboral, juega un papel predominante en su dotación, poco habremos avanzado. Como tampoco conseguiremos asegurar un crecimiento sostenido y equilibrado sin

acometer reformas de calado, lo imponga o no Bruselas, para superar las ineficiencias que lastran nuestra economía. Desde la renuencia a utilizar mecanismos de mercado, en lugar del fácil y distorsionador recurso al BOE, a la escasa atención que merece preservar en todos los ámbitos condiciones de plena competencia. Desde las trabas que pesan sobre la actividad emprendedora a las duplicidades y despilfarro que implica nuestra organización territorial. Por no hablar del abismal 'mismatch' de una formación ina-

daptada al mercado de trabajo o la lentitud e ineficacia de nuestra justicia, fuente de incertidumbre para el tráfico mercantil y hasta desprotección del derecho de propiedad.

Pese a sus limitaciones, urge aprovechar este maná de fondos comunitarios para poner la casa en orden, equilibrando las finanzas públicas, lo antes posible. No tardaremos en afrontar un escenario de subidas de tipos a medida que se trasladan las que ya se registran al otro lado del Atlántico. Por mucho que Bruselas abra la mano de la discipli-

na fiscal, los mercados no tardarán en imponer su ley sometiendo a prueba a las economías más expuestas. Si hoy por hoy se mantiene el laxismo presupuestario para combatir la crisis, el rigor volverá a imperar antes de lo que se piensa. La Eurozona no dispone de un banco central dispuesto a servir de baluarte de último recurso para la financiación de los déficits como Estados Unidos. Por eso, más vale prevenir a tiempo para evitar futuros disgustos.

Economista

Expansión